

pósito que para mayor seguridad debió ser embarcado en el vecino puerto de Tampico, y ser puesto en salvo en la plaza de Veracruz, á fin de que no cayera en poder del enemigo.

El brigadier Luaces, pues, no podia esperar refuerzo alguno y Querétaro debia sucumbir, habiendo servido las mal dispuestas y completamente abortadas tentativas de socorro, para desacreditar mas y mas al virey, que se hizo sospechoso al mismo Luaces por creer que el conde del Venadito no trataba ya de otra cosa, como Luaces decia en carta dirigida á Itúrbide, que «de cubrirse oportunamente con los diferentes jefes que habia comprometido, poniendo en ridiculo las armas nacionales,» y murmurando todos abiertamente, entre las tropas espedicionarias, de la marcha desastrosa de aquella campaña en que todo era confusion, incertidumbres, traiciones y desastres.

El brigadier Luaces tuvo que capitular, pero se condujo con hidalguía y con valor. El golpe era terrible, y si se une á que con este vino á coincidir la sublevacion de las provincias internas de Oriente, resultaba que el poder de España en Méjico habia concluido. No nos quedaba ya mas que á Veracruz en la costa, medio sitiada por Santa Ana; á Durango, que tenia enfrente á Negrete, y á Puebla, sitiada tambien por Brabo, á donde se dirigia á toda prisa Itúrbide para apresurar las operaciones del sitio y, con todas sus tropas ya desembarazadas, sin dejar enemigos por la espalda, dirigirse á la capital y dar el golpe definitivo.

XXIII.

Seria injusto desconocer el singular tino y consumada habilidad que desplegó Itúrbide, ora como militar, ora como político, desde que inició su campaña.

Halagando siempre á los españoles y depositando en los que se le unian la confianza mas absoluta, queria poner de su lado un elemento tan vital para sus miras ulteriores. Buscando á los insurgentes, á quienes antes habia combatido, como meros auxiliares y manteniéndolos siempre á cierta distancia, seguia protestando contra los horrores de la brutal insurreccion del cura Hidalgo y se captaba las simpatias de los hombres de orden, de las gentes acomodadas ó ricas. No le importaba aventurarse á celebrar una conferencia á solas y lejos de sus fuerzas con el general español Cruz que mandaba en Guadalajara, porque confiaba en su hidalguía, y además era para él de grande importancia asegurarse de su apoyo, ó si tanto no, conseguia paralizar su accion, haciéndole comprender que su resistencia nada podia contra la revolucion ya tan pujante, cosa que consiguió, porque Cruz desde entonces, bien que no entrara en los proyectos de Itúrbide y le propusiera una suspension de hostilidades para entenderse con el virey, permaneció en una inaccion absoluta, que se comprende, mas no justifica,

porque no hay general de ordinario, por bravo y pundonoroso que se le suponga, que cuando llega una situacion desesperada, como la en que consideraba Cruz á España entonces, se crea obligado á dar la vida por la honra.

Quando capituló Valladolid, Itúrbide empeñó su palabra de honor de que la guarnicion saldria con los honores de guerra, dirigiéndose con las armas al punto que eligiese y facilitándole los fondos y auxilios necesarios para el viaje. En una alocucion que publicó decia que todos los europeos que quisieran separarse de sus banderas voluntariamente y seguir la de la independenciam, serian incorporados con el mayor gusto á su ejército ó dedicarse á la ocupacion que tuviesen por conveniente, y que á los que quisieran regresar á España, se les darian sus alcances y se les facilitaria trasporte, aunque su mas vivo deseo era «que ni uno solo saliese del país, en prueba de lo cual habia pasado con ascenso á los cuerpos independientes á todos los que se habian querido presentar.»

Esta moderacion de Itúrbide en medio de sus triunfos, este lenguaje lisonjero con el vencido, era hijo del cálculo, es cierto, porque Itúrbide queria unir á su suerte á los españoles, pero no honraba menos al vencedor. Si Itúrbide hubiera vejado, perseguido, maltratado á los españoles, como lo hicieron los antiguos insurgentes, no habria terminado tan rápida y tan felizmente su campaña. Toleran los hombres el daño alguna vez, pero lo que no perdonan nunca es la humillacion, es el insulto, es la vileza cuando se junta al daño.

La prevision, oportunidad y rapidez con que dis-

puso y concertó sus tropas para cortar á Bracho que venia en auxilio de Querétaro conduciendo un convoy de barras de plata que habia de pasar á Méjico, son admirables, aunque no tanto como la insigne torpeza de Apodaca de enviar este tardío refuerzo cuando todas las fuerzas de Itúrbide acampaban por los contornos de Querétaro, y como el singular descuido de no haber embarcado en Tampico aquel depósito. Bracho se vió rodeado de fuerzas muy superiores y tuvo que rendirse, dándose el triste y conmovedor espectáculo de que muchos soldados, viéndose vencidos sin combatir, rompieran sus fusiles antes que entregarlos y alguno de ellos prorumpiera en quejas tan sentidas al entregarlo que, al saberlo Itúrbide, formara empeño de tomarlo á su servicio, con lo que daba pruebas de conocer bien el corazon humano y se hacia con un amigo leal para todos los trances de su vida, porque el ánimo altivo y generoso que no se abate ante el infortunio, nunca olvida al que lo honra y levanta en esas horas de angustia suprema.

Formalizado el sitio de Querétaro, Itúrbide interceptó una carta del virey dirigida al brigadier Luaces que mandaba en la plaza, que contenia términos ambiguos muy propios de quien, considerando que debia sucumbir Querétaro, queria descargar la responsabilidad de sobre sus hombros y cargarla sobre los del pobre Luaces, cosa muy corriente en la milicia que los jefes carguen las faltas ó las desdichas sobre los subalternos y les usurpen por igual razon sus aciertos y sus fortunas, y aprovechando aquella oportunidad, Itúrbide dirigió la carta á Luaces, acompañándola de notas un tanto cáusticas á propósito para mover el

ánimo de Luaces contra el virey y disponerle á la capitulacion á que necesariamente tenia que venir no habiendo recibido ningun refuerzo, por mas que con oportunidad y con urgencia los habia pedido.

Quando entró en Querétaro y supo que Luaces estaba postrado en cama, Itúrbide, por la noche, sin mas acompañamiento que el de un ayudante, se dirigió al convento en que aquel habitaba, y cuando el centinela del regimiento de Zaragoza, uno de los mas brillantes cuerpos que España envió, preguntó «¿quién vive?» contestó al momento: «Itúrbide;» prueba de confianza en la lealtad española que halagó á los soldados de la guardia, quienes, llenos de curiosidad, se precipitaron á su entrada y le dieron muestras de tanta admiracion como respeto.

En este mismo Querétaro publicó Itúrbide un bando en que, parodiando á los vireyes, que por hacer ostentacion de ilustre alcurnia, desenterraban los apellidos de sus antepasados, daba á conocer á las gentes toda su genealogia en estos términos: «D. Agustin de Itúrbide y Aramburu, Arregui, Carrillo y Villaseñor, primer jefe del ejército imperial mejicano de las Tres Garantías.» Pueril vanidad que indica chico corazon y no muy grande inteligencia. En ciertas posiciones, los apellidos no valen, valen los hechos. Bolivar en la América del Sur, Washington en los Estados-Unidos, Napoleon en Europa no fascinaban á nadie con su abolengo: fascinaban con su valor ó con su virtud ó con su génio. La ilustracion de los abuelos sirve á las medianías para levantarse á poca costa, ó á los tribunos del pueblo que vienen de la aristocracia, porque instintivamente infunden mayor respeto

en las muchedumbres que los suponen mas desinteresados viendo que al parecer descenden hasta las clases desheredadas, como ocurrió en los Gracos, como en Mirabeau, como en Lafayette y tantos otros; pero cuando se aspira al poder sumo ó al primer puesto, es casi accesorio ó nulo lo que nos dieron nuestros padres, es lo principal lo que los mismos hombres se dan y dan á los demas con su virtud, con su valor, con su carácter y con su génio.

Por cierto que Itúrbide en este mismo bando echaba en cara al gobierno español las providencias duras y crueles á que apeló para cobrar las contribuciones que consideró indispensables para acabar la última guerra, olvidándose sin duda de que ninguno como él en Guanajuato desplegó tanta severidad y esplotó en provecho propio aquella mina, y aboliendo entonces muchos impuestos para captarse popularidad—cuando despues como gobierno tuvo que restablecerlos en parte, y porque no los restableció del todo tuvo que apelar á empréstitos que arruinaron completamente á la nacion—dispuso que solo se cobrara *una contribucion general espontánea*, como si dijéramos un empréstito voluntario, de los que tantos hemos visto en España, que estuvo muy lejos de producir los lisonjeros resultados que se prometia, porque es preciso desengañarse, en todos los países el patriotismo se entien- de de ordinario de la misma manera, estrepitoso y vocinglero siempre, menos cuando llega la hora de los sacrificios pecuniarios.

Concluiremos este capítulo haciendo notar la única falta verdaderamente grave que cometió Itúrbide en la campaña político militar que tocaba ya á su fin.

La cometi6 con el bando que public6 en Cuernavaca, por cuyos alrededores andaban los espa1oles que derrotaron al terrible Pedro Asensio. En este bando decia, aludiendo 6 ellos, y dirigi6ndose 6 los mejicanos: «Ya no sufrireis el yugo de unos opresores, cuyo lenguaje es el insulto, el artificio y la mentira, y cuya ley est6 cifrada en la ambicion, venganzas y resentimientos. La Constitucion espa1ola en la parte que no contradice 6 nuestro sistema de independenciam, arregla provisionalmente nuestro gobierno, mientras que reunidos los diputados de nuestras provincias, dictan y sancionan la forma de gobierno, la forma que mas convenga 6 nuestra felicidad social. Ser6n, pues, respetadas vuestras propiedades, protegida vuestra seguridad individual y gozareis en su lleno las dulzuras de la libertad civil.»

Si It6rbide buscaba 6 toda costa el apoyo de los espa1oles, porque habia militado 6 su lado y conocia su valor, si conocia que por su talento, por su riqueza, por sus instintos de gobierno, superiores en estas cualidades 6 los mejicanos, habian de constituir la clave de toda dominacion futura, regular y ordenada, ¿por qu6 los insultaba? ¿C6mo desmentia sus anteriores prop6sitos? ¿Era por estar entre los suyos y suponiam puerilmente que no lo iban 6 saber, y no lo iban 6 propalar los espa1oles?

Es mas. Si su objeto era establecer una monarquiam templada y constitucional con Fernando VII 6 con alguno de sus hermanos, como habia dicho solemnemente en el plan de Iguala, y siempre hasta aquel momento, ¿c6mo en este bando omitiam esta base esencial de su proyecto de independenciam? ¡Ah! La fortuna

tiene v6rtigos en medio de sus favores. Si It6rbide hubiera encontrado mas dificultades, si le hubiera costado mas llegar al punto en que se encontraba, si no hubiera cedido todo f6cilmente 6 su paso, de modo que, casi sin haber corrido ningun peligro personal, veniam 6 ser el idolo moment6neo de la revolucion, aquella ambicion qu6 confusamente fermentaba en su alma y le hacia desde1ar los bordados de teniente general, y arrancar de su manga los distintivos de coronel, no habria tendido tan alto su vuelo, y no se ofreceria concreta ya y definida con la p6rpura ces6rea 6 su audaz pensamiento. Difícil es en verdad conservar la moderacion en el triunfo; pero es aun mas difícil conservar la serenidad en las alturas y retener 6 los favoritos de la fortuna eso que se llama sentido comun, en sus f6ciles y repentinos encumbramientos.

It6rbide vi6 claro que era una necesidad para M6jico la monarquiam, y viendo lejos del trono 6 aquel que voluntariamente habia proclamado, aquel de cuyo nombre se vali6 para seducir y comprometer 6 tanta gente en su empresa, se deslumbr6 con el brillo de aquella corona que pediam una cabeza, como una pobre mariposa con una luz, se lanz6 temerariamente h6cia ella, la agarr6 con sus manos, se la ci16 6 su cabeza, y no comprendi6 que se perdiam para siempre, y lo que es mas triste, que perdiam para siempre 6 su pa1s.

Los espa1oles que le siguieron, 6 fueron neutrales en la lucha, porque creyeron que iba 6 levantarse en M6jico una monarquiam con un infante de Espa1a, se declararon despues sus implacables enemigos. Otro

tanto hicieron los radicales, enamorados de la república de los Estados-Unidos como ideal de gobierno, que como á instrumento lo halagaban. Itúrbide creyó que dispensando con escandalosa prodigalidad grandes mercedes al ejército, podía prescindir de todo y de todos, error muy comun en los hombres políticos que salen de los campos de batalla. No hay nada que mas pronto falte á los gobiernos que el ejército, porque sufre la influencia, porque responde á las palpitaciones de la opinion, y allí en donde por desgracia el ejército es elemento político activo, el ejército va y viene de la revolucion á la reaccion, y de la reaccion á la revolucion con las oleadas del espíritu público, mucho mas cuando la reaccion y la revolucion tienen siempre para el ejército medros positivos y sus primeros favores. Creyó Itúrbide que los borbónicos por monárquicos, y los republicanos por liberales, se unirían á él que se lisonjeaba de ser un tipo de monarca liberal, y no sospechó sino ya tarde que los republicanos y los borbónicos podían celebrar su alianza en una conjuncion terrible, podían convenir en una fórmula de despecho, en su odio á Itúrbide que frustraba la monarquía mejicana con un príncipe español, y no permitía el establecimiento de la república.

XXIV.

Seguia entretanto su curso la revolucion, y sus éxitos no interrumpidos vinieron á acabar de dividir

á los españoles de la capital. Si la fortuna continuada es en ocasiones motivo de reveses en los gobiernos, porque, lejos de todo peligro, el ánimo se engríe y descuida toda prevision, la desgracia es disolvente mas enérgico aun en los Estados; porque entonces, encima los riesgos, los que solo ven los hechos esternos y las catástrofes que se suceden, sin atender al espíritu, á las causas lejanas y remotas, á los motivos internos que mas bien las producen y crean con virtualidad incontrastable, se juzgan de buena fé mas capaces para regir el timon de la nave que zozobra, y entonces se lanzan á quejas, á conspiraciones y á rebeliones contra los que mandan, sin advertir que de esta suerte fortalecen á los enemigos, y mas aun, sin preveer que, llevados á la altura y puestos en el yunque del mando, tienen que seguir, inexorablemente empujados por la dura necesidad, la misma marcha que poco antes criticaran, impotentes voluntad y entendimiento ante la fatalidad del destino ó los decretos de la providencia, ó mas bien ante el encadenamiento lógico y regular de los sucesos humanos.

Esto ocurrió á los españoles de Méjico cuando ya el movimiento de Itúrbide era incontrastable, pues cargaron reciamente sobre Apodaca, haciéndole único responsable de todo lo que pasaba, pensando que, mudando de Virey, cambiarían presto en favorable el tristísimo aspecto de las cosas. Esta medida era ya una violencia, sobre tardía é inútil, solo buena para Itúrbide, en cuyo campo se habían de celebrar las divisiones del nuestro, y favorable en todo caso, cosa rara en verdad pero no menos cierta, al mismo conde del Venadito, contra quien se dirigía. Sí: porque al